
Entrada libre

¿Qué es la historia del libro?*

Robert Darnton

Tomado de Robert Darnton, *Gens de lettres, gens du livre*, París, Odile Jacob, 1992, pp. 153-175. Traducción de Emma Rivas y José Abel Ramos.

G*eschichte des Buchwesens, history of books*, historia del libro; su nombre varía de país a país pero en todas partes esta nueva disciplina es reconocida como un campo de investigaciones importante. Podría igualmente ser llamada historia social y cultural de la comunicación a través de la imprenta, si el título no fuera poco atractivo. Tiene, en efecto, como objetivo, ayudarnos a comprender cómo las ideas han sido comunicadas por los caracteres impresos y cómo la difusión de la palabra impresa ha afectado el pensamiento de la humanidad en el transcurso de los últimos quinientos años. Algunos historiadores del libro siguen sus indagaciones y se remontan a mucho antes del periodo anterior a la invención de los caracteres móviles. Varios se concentran en los periódicos, las hojas de noticias y otras formas de impresos, independientemente del libro. El campo de exploración es vasto y extensible; en conjunto, concierne sobre todo a los libros puestos en circulación desde la invención de Gutenberg, un campo de la investigación que se ha desarrollado tan rápidamente durante los últimos años que parece haber logrado un lugar al lado de disciplinas como la historia de la ciencia y la historia del arte en el canon de las especialidades del conocimiento.

Pase lo que pase con la historia de los libros en el futuro, su pasado demuestra cómo una rama del conocimiento puede tomar una identidad distinta. Nació de la convergencia de varias disciplinas sobre una serie de problemas comunes ligados al proceso de la comunicación. Inicialmente, los problemas toman la forma de preguntas concretas en las ramas de la erudición sin relación entre ellas. ¿Cuáles son los textos originales de Shakespeare? ¿Cuáles son las causas de la revolución francesa? ¿Cuáles son las relaciones que unen a la cultura con la estratificación social? Estudiando estas preguntas los especialistas se cruzan en un *no man's land* situado en la intersección de media docena de terrenos de investigación. Decidieron constituir su propio

Los nuevos historiadores del libro concibieron el asunto en la perspectiva de la historia social desarrollada por la Escuela de los Annales. En lugar de detenerse en los detalles de la bibliografía, tratan de descubrir el esquema general de la producción y del consumo de libros en largos periodos.

campo de investigación e invitar a historiadores, literatos, sociólogos, bibliotecarios y a todos aquellos que desean comprender al libro como fuerza en la historia. La historia de los libros comienza a poseer sus propios periódicos, sus centros de investigación, sus ciclos de conferencias. Engloba lo mismo a veteranos que a jóvenes turcos.¹ Aunque no hayan adoptado todavía las consignas ni contraseñas secretas, sus afiliados se pueden reconocer por la luz que brilla en su mirada. Han adoptado una causa común, uno de los raros sectores de las ciencias humanas donde existe un deseo de expansión y un borbotón de ideas nuevas.

Es cierto que la historia de la historia del libro no data de ayer. Se remonta al Renacimiento, si no es que más allá, y comenzó seriamente en el siglo XIX cuando el estudio de los libros como objetos materiales condujo al nacimiento de la bibliografía analítica en Inglaterra. Pero la investigación actual representa una desviación de la corriente de erudición que puede ser seguida hasta sus orígenes en el siglo XIX gracias a las antiguas ediciones de *The Library* y *Börsenblatt für den Deutschen Buchhandel* o las tesis de la Escuela de Chartes. La nueva tendencia se desarrolló en el curso de los años sesenta en Francia, donde arraigó en instituciones como la Escuela Práctica de Altos Estudios y se difundió a través de publicaciones como *L'apparition du livre* (1958) de Lucien Febvre y Henri Jean Martin² y *Livre et société dans la France du XVIIIe siècle* (2 volúmenes, 1965 y 1970) por un grupo ligado a la VI Sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios.

Los nuevos historiadores del libro concibieron el asunto en la perspectiva de la historia social desarrollada por la Escuela de los *Annales*. En lugar de detenerse en los detalles de la bibliografía, tratan de descubrir el esquema general de la producción y del consumo de libros en largos periodos. Compilaron estadísticas a partir de peticiones de privilegios (correspondientes a los *copyrights* modernos), analizaron el contenido de las bibliotecas privadas y volvieron a trazar corrientes ideológicas a través de los géneros descuidados como: la *Bibliothèque bleue* (libritos de venta ambulante). Los libros raros y las bellas ediciones no les interesan. Prefieren concentrarse en los géneros más comunes porque es la experiencia literaria de los lectores ordinarios lo que quieren descubrir. Presentan fenómenos familiares como la Contrarreforma y la Filosofía de la Ilustración bajo un aspecto poco común, mostrando hasta qué punto la cultura tradicional la lleva a la vanguardia del sustento literario de la sociedad entera. Si bien no llegan a una serie de conclusiones definitivas, demuestran que es importante plantear nuevas preguntas, utilizar nuevos métodos, beber de nuevas fuentes.³

Su ejemplo se difunde a través de Europa y Estados Unidos reforzando las tradiciones indígenas como la *Rezeptionsästhetik* en Alemania y la historia de la imprenta en Gran Bretaña. Reunidos por su vocación común y animados por su entusiasmo por las ideas nuevas, los historiadores del libro se encuentran primero en los cafés, después en las conferencias. Crean nuevas revistas —*Publishing History*, *Bibliography Newsletter*, *Nouvelles du livre ancien*, *Revue française d'histoire du livre (nouvelle série)*, *Buchhandelsgeschichte* y *Wolfenbütteler Notizen zur Buchgeschichte*. Fundan nuevos centros —el

Instituto de estudio del libro en París, el Arbeitskreis für Geschichte des Buchwesens en Wolfenbüttel, el Center for the Book en la Biblioteca del Congreso. Coloquios especiales —que se han celebrado, entre otros, en Ginebra, París, Boston, Worcester, Wolfenbüttel y Atenas por no citar más que aquellos de los años 1970— orientan las investigaciones a escala internacional. En el espacio de dos decenios, la historia de los libros se volvió un campo de estudios rico y variado.

Es en verdad tan rico que en lo sucesivo se parece menos a un campo que a una jungla tropical. El explorador apenas puede avanzar. A cada paso se encuentra enredado en la maraña de artículos de periódicos y desorientado por los entrecruzamientos de las disciplinas —la bibliografía analítica indicando tal dirección, la sociología del conocimiento tal otra mientras que la historia y la literatura marcan los territorios que se cabalgan. Es acosado por las reivindicaciones a la novedad —la nueva bibliografía material, “*the new literacy history*”— y confundido por las metodologías concurrentes que habrían necesitado que supiera confrontar las ediciones, compilar las estadísticas, descifrar las leyes de propiedad literaria, manipular la barra de una prensa común refabricada y comprender las mentalidades diversas de los lectores. La historia de los libros está tan llena de disciplinas auxiliares que ya no es posible distinguir su contorno general. ¿Cómo puede el historiador del libro descuidar la historia de las bibliotecas, de la publicación, del papel, de la imprenta, de la lectura? ¿Cómo puede también dominar sus tecnologías sobre todo cuando éstas se presentan bajo imponentes fórmulas extranjeras tales como *Geschichte der Appellstruktur* y *Bibliometría bibliológica*? Esto es suficiente para desear retirarse a una biblioteca de libros raros y contar las filigranas.

Para tomar cierta distancia en relación con los desbordamientos interdisciplinarios y abarcar el tema en su conjunto, puede ser útil proponer un modelo general que analice la manera en que los libros nacen y se difunden en la sociedad. Es cierto que las condiciones han variado tanto de un lugar a otro y de una época a otra desde la invención de los caracteres móviles, que sería tonto suponer que la biografía de cada libro es conforme a un mismo modelo. Sin embargo, los libros impresos siguen generalmente el mismo ciclo de vida. Éste puede describirse como un circuito de comunicación que va del autor al lector pasando por el editor (si el librero no desempeña este papel), el impresor, el expendedor, el librero y a veces el bibliotecario. El lector completa el circuito porque influye al autor a la vez, antes y después del acto de composición. Los autores son ellos mismos lectores. Leyendo y asociando a otros lectores y escritores se forman las nociones de género y estilo y una idea general de la empresa literaria que afecta sus textos, ya sea que compongan los sonetos shakespearianos, o que redacten instrucciones para el ensamblado de las piezas de un transistor. Un escritor puede responder a las críticas de que uno de sus trabajos precedentes ha sido objeto o anticipar las reacciones que su texto va a provocar. Se dirige a lectores implícitos y recibe los comentarios de críticas explícitas. Así, el circuito está cerrado. Transmite mensajes, los transforma en vía de comunicación mientras pasan del pensamiento a la escritura, a los textos impresos y regresan al estado de pensamiento. La historia del libro atañe a

La historia de los libros está tan llena de disciplinas auxiliares que ya no es posible distinguir su contorno general. ¿Cómo puede el historiador del libro descuidar la historia de las bibliotecas, de la publicación, del papel, de la imprenta, de la lectura?

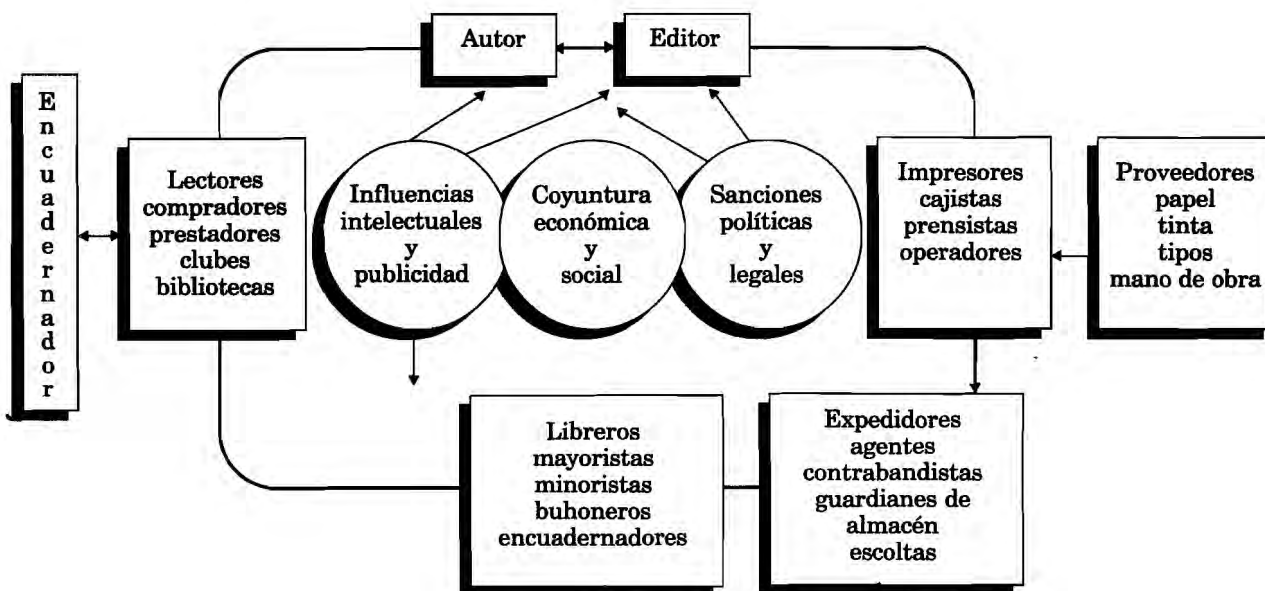


Si se quiere evitar que la historia del libro sea fragmentada en especializaciones esotéricas separadas las unas de las otras por técnicas específicas y una incompreensión mutua, es indispensable tener una visión de conjunto del libro en tanto medio de comunicación.

cada fase de este proceso y al conjunto del proceso en el transcurso de sus variaciones en el espacio y en el tiempo y en todas sus relaciones con los otros sistemas, económico, social, político y cultural del mundo circundante.

Es una vasta empresa. Para mantener su tarea en proporciones dominables, los historiadores del libro separan un segmento del circuito de comunicación y lo examinan conforme a los procedimientos de una sola disciplina —la impresión, por ejemplo— que estudian en favor de una bibliografía analítica. Sin embargo, cada parte sólo tiene plena significación si está unida al todo. Además, si se quiere evitar que la historia del libro sea fragmentada en especializaciones esotéricas separadas las unas de las otras por técnicas específicas y una incompreensión mutua, es indispensable tener una visión de conjunto del libro en tanto medio de comunicación. El modelo indicado en la figura 1 permite examinar todo el proceso de difusión. Con algunos ajustes menores, debería aplicarse a todos los periodos de la historia del libro impreso (los manuscritos y las ilustraciones serán objeto de otro estudio). Por el momento, prefiero ocuparme de la época que conozco mejor, el siglo XVIII, y tomarla fase por fase mostrando cómo cada una de éstas está unida: 1) a otras actividades que un individuo dado ejerce en un punto dado del circuito; 2) a otros individuos situados en el mismo punto en otros circuitos; 3) a otros individuos en otros puntos del mismo circuito y 4) a otros elementos de la sociedad. Las tres primeras consideraciones se refieren a la transmisión de un texto, mientras que la cuarta concierne a las influencias externas que pueden variar al infinito. Para simplificar, reduce la última a las tres categorías generales en el centro del diagrama.

Figura 1



Los modelos acostumbran paralizar a los seres humanos fuera de la historia. Para dar una apariencia de vida a éste y mostrar que puede adaptarse a un caso concreto, lo aplicaré a la historia de la publicación de las *Questions sur L'encyclopédie*, de Voltaire. Esta importante obra de la Ilustración influyó en la vida de un gran número de especialistas del libro del siglo XVIII. Estudiemos el circuito de su transmisión no importa en qué punto —en la fase de su composición, por ejemplo, cuando Voltaire redacta su texto y orquesta su difusión con el fin de promover su campaña contra la intolerancia religiosa como sus biógrafos lo han mostrado; o bien en la fase de la impresión, cuando el análisis bibliográfico permite establecer la multiplicación de las ediciones; o aun en la fase de su introducción en las bibliotecas donde, según los estudios estadísticos de los historiadores literarios, las obras de Voltaire ocupan un espacio impresionante.⁴ No obstante, yo me inclinaría de preferencia por el elemento menos familiar del proceso de difusión, el papel del librero, para examinarlo a través de las cuatro consideraciones mencionadas más arriba.⁵ Isaac-Pierre Rigaud, de Montpellier, me servirá de ejemplo.

Rigaud [...] no experimenta ninguna simpatía personal por Voltaire. Al contrario, deplora su tendencia a retocar sin cesar su texto añadiendo y enmendando pasajes, cooperando con las ediciones piratas, a espaldas de los editores originales. Tales prácticas provocan el descontento de los clientes que se quejan de recibir textos inferiores (o suavizados).

I

El 16 de agosto de 1770, Rigaud encarga 30 ejemplares de la edición en 8º en nueve volúmenes de las *Questions* que la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel (STN) comienza a imprimir en el principado prusiano de Neuchâtel en la frontera franco-suiza. En general, Rigaud prefiere leer al menos algunas páginas de un nuevo libro antes de pasar un encargo, pero piensa que las *Questions* representan un negocio bastante bueno para arriesgarse a proveer su depósito de un buen número de ejemplares sin haber visto la obra previamente. No experimenta ninguna simpatía personal por Voltaire. Al contrario, deplora su tendencia a retocar sin cesar su texto añadiendo y enmendando pasajes, cooperando con las ediciones piratas, a espaldas de los editores originales. Tales prácticas provocan el descontento de los clientes que se quejan de recibir textos inferiores (o suavizados); Rigaud protesta ante la STN.

Es extraño que al final de su carrera, M. de Voltaire no pueda todavía dispensarse de engañar a los libreros. Esto no sería nada si todos estos ardides, fraudes y supercherías no recayeran más que en su autor. Pero desgraciadamente se acusa de ello comúnmente a los impresores y aún más a los libreros en pequeño.⁶



Voltaire hace la vida difícil a los libreros pero se vende bien.

La mayor parte de los otros libros de la librería de Rigaud no tienen nada de volteriano. Sus catálogos de ventas muestran que se especializó en las obras de medicina que son siempre muy solicitadas en Montpellier gracias a la famosa Facultad de Medicina. Rigaud tiene también una sección de libros protestantes porque Montpellier se encuentra en territorio hugonote. Espera que las autoridades desvíen los ojos para almacenar discretamente algunos paquetes de

Contrariamente a otros mayoristas provincianos que especulan con una centena de ejemplares de un solo libro o aún más cuando olfatean un bestseller, él rara vez encarga más de media docena. Lo lee de cabo a rabo, consulta a sus clientes, efectúa sondeos aprovechando su correspondencia comercial y estudia los catálogos que le envía la STN y sus otros proveedores.

volúmenes prohibidos.⁷ Sin embargo, en general vende obras de todo tipo que saca de una reserva de al menos 45,000 libras tornesas,⁸ la más extensa de Montpellier y probablemente de todo Languedoc según un informe del subdelegado del intendente.⁹

El proceso de los pedidos de Rigaud a la STN da una idea del carácter de su empresa. Contrariamente a otros mayoristas provincianos que especulan con una centena de ejemplares de un solo libro o aún más cuando olfatean un bestseller, él rara vez encarga más de media docena. Lo lee de cabo a rabo, consulta a sus clientes, efectúa sondeos aprovechando su correspondencia comercial y estudia los catálogos que le envía la STN y sus otros proveedores (en 1785, el catálogo de la STN incluye 750 títulos). Escoge entonces una decena de títulos y encarga justo los ejemplares suficientes para hacer un paquete de 25 kilos, el peso mínimo requerido para un envío al precio más bajo cobrado por los transportadores. Si los libros se venden bien, vuelve a pasar un pedido pero se limita generalmente a un pequeño número de artículos y no los renueva más que cuatro o cinco veces por año. Conserva así su capital, minimiza los riesgos y se constituye una reserva tan importante y variada que su almacén se vuelve en la región una cámara de compensación para la demanda literaria de todo tipo.

El esquema de los pedidos de Rigaud, que resalta claramente del registro de cuentas de la STN, muestra que ofrece un poco de todo —libros de viajes, historias, novelas, obras religiosas, tratados científicos o filosóficos. En lugar de seguir sus propias referencias, parece transmitir la solicitud bastante exactamente y vivir conforme a las reglas de prudencia adoptadas en el comercio del libro que uno de los otros clientes de la STN resume así: “El mejor libro para un comerciante de libros es el que se vende.”¹⁰ Teniendo en cuenta su prudencia en los negocios, su decisión de encargar por anticipado treinta series de nueve volúmenes de las *Questions sur l'Encyclopédie* parece especialmente interesante. No habría invertido tanto dinero en una sola obra si no hubiera estado seguro de que el pedido rebasaría la oferta y sus últimos pedidos muestran que calculó justo. El 19 de junio de 1772, después de la recepción de los últimos volúmenes, Rigaud encarga otra docena de series y dos más, dos años más tarde, aunque para entonces la STN ya había agotado sus reservas. Había impreso una edición de 2,500 ejemplares, casi el doble de su producción habitual, y los libreros se peleaban por comprarle. El pedido de Rigaud no es pues inoportuno, expresa una corriente de volterianismo que se propagó en todo el público letrado del Antiguo Régimen.

II

¿Cómo aparece la compra de las *Questions* a la luz de las relaciones de Rigaud con los otros libreros de Montpellier? Un almanaque de la librería cuenta nueve de ellos en 1777.¹¹

Impresores-libreros: *Aug. Franç. Rochard, Jean Martel.*
Libreros: *Isaac-Pierre Rigaud, J. B. Faure, Albert Pons, Tournel, Bascon, Cézary, Fontanel.*

No obstante, según el informe de un agente de la STN, sólo son siete;¹² Rigaud y Pons fusionados dominan totalmente el comercio local. Cézary y Faure malviven en la mediocridad y los otros vacilan al borde de la quiebra en locales precarios. El encuadernador ocasional y el buhonero clandestino procuran igualmente algunos libros, ilegales la mayor parte, a los lectores más temerarios de la ciudad. Así, la señorita Bringand, llamada “la madre de los estudiantes”, almacena algunos frutos prohibidos bajo la cama de la habitación del segundo piso a la derecha, según el informe de una incursión organizada por los libreros del lugar.¹³ En la mayor parte de las ciudades de provincia, el comercio sigue el mismo proceso, que puede ser considerado como una serie de círculos concéntricos: al centro, una o dos firmas tratan de monopolizar el mercado; a la orilla del margen, algunos pequeños minoristas sobreviven especializándose en los libros de ocasión, creando gabinetes literarios y talleres de encuadernación o vendiendo sus mercancías tierra adentro. Más aún, los aventureros venden sus artículos al margen de la legalidad dentro o fuera del mercado.

Mientras pasa su pedido de las *Questions*, Rigaud consolida su posición en el centro del comercio local. Su fusión con Pons en 1770 le procura un capital y un activo suficientes para hacer frente a los riesgos —retrasos de envío, deudores insolventes, crisis de liquidez— que arruinan frecuentemente a las pequeñas empresas. Además, es duro en los negocios. Cuando Cézary, uno de los pequeños minoristas, se revela incapaz de pagar una parte de sus deudas, Rigaud se confabula con sus acreedores. Rehusan concederle moratorias, lo meten en prisión por deudas y lo obligan a liquidar su mercancía en una tienda donde impiden que las subastas suban para poder apropiarse de todas las reservas. Para su protección, Rigaud controla la mayor parte de los talleres de encuadernación en Montpellier y, ejerciendo presión sobre los encuadernadores, retrasa y obstaculiza las empresas de otros libreros. A fines de 1781, no queda más que uno, Abraham Fontanel, quien permanece solvente gracias a su gabinete literario, “lo que excita terriblemente la envidia del señor Rigaud, quien quisiera ser el único y me manifiesta su odio diariamente”,¹⁴ confía Fontanel a la STN.

Rigaud no se contenta con eliminar a sus competidores rebasándolos en astucia en el juego desleal inherente al capitalismo comercial de los comienzos de la Francia moderna. Su correspondencia, la suya y la de otros numerosos libreros, muestran que el comercio decae a finales de los años 1770 y 1780. En periodo de vacas flacas, los grandes libreros estrangulan a los pequeños y los fuertes sobreviven a los débiles. Rigaud es un cliente tenaz desde el principio de sus relaciones con la STN. Encarga sus ejemplares de las *Questions* a Neuchâtel, donde la STN imprime una edición pirata porque le otorga mejores condiciones que Gabriel Cramer, el impresor habitual de Voltaire que produce el original en Ginebra. Exige también un mejor servicio sobre todo cuando constata que los otros libreros de Montpellier que han trabajado con Cramer reciben sus ejemplares antes que él. Después de este retraso, Rigaud bombardea de reclamaciones a los impresores de Neuchâtel: ¿por qué no trabajan más rápido? ¿no saben que le hacen perder clientes en beneficio de sus rivales? Si ellos

Rigaud no se contenta con eliminar a sus competidores rebasándolos en astucia en el juego desleal inherente al capitalismo comercial de los comienzos de la Francia moderna.



La obra de Voltaire se convierte en un artículo muy apreciado en la carrera por las ganancias en el corazón mismo del comercio del libro establecido. Mientras ciertos comerciantes, como Rigaud, enseñan las uñas a propósito de los envíos de estos libros, Voltaire puede estar seguro de que logrará propagar sus ideas a través de las principales líneas del sistema de comunicación de Francia.

no pueden asegurar las entregas más rápidas a más bajo precio, él se verá obligado a dirigirse a Cramer en el futuro. Cuando los volúmenes uno a tres llegan finalmente de Neuchâtel, los volúmenes cuatro a seis de Ginebra están ya a la venta en las casas de otros librereros, Rigaud compara los textos palabra por palabra y comprueba que la edición de la STN no incluye ninguna de las adiciones y correcciones que Voltaire había considerado enviarle a escondidas. Entonces, ¿cómo podía hacer valer la ventaja de esas supuestas adiciones y correcciones en su campaña publicitaria? Las recriminaciones llueven entre Montpellier y Neuchâtel. Muestran que Rigaud sabe explotar bien las mínimas ventajas que puede conseguir sobre sus competidores. Es más, revelan que las *Questions* se venden en todo Montpellier aunque su circulación esté legalmente prohibida en Francia. Lejos de ser confinada al comercio clandestino de personajes marginados como “la madre de los estudiantes”, la obra de Voltaire se convierte en un artículo muy apreciado en la carrera por las ganancias en el corazón mismo del comercio del libro establecido. Mientras ciertos comerciantes, como Rigaud, enseñan las uñas a propósito de los envíos de estos libros, Voltaire puede estar seguro de que logrará propagar sus ideas a través de las principales líneas del sistema de comunicación de Francia.

III

Teniendo en cuenta el papel de Voltaire y de Cramer en el proceso de difusión, ¿cómo se insertó la operación de Rigaud en las otras etapas del ciclo de vida de las *Questions*? Rigaud sabe que él no recibió una primera edición: la STN había enviado una circular a todos sus principales clientes para explicarles que reproduciría el texto de Cramer pero con correcciones y adiciones suministradas por el autor mismo, de suerte que su versión sería superior a la original. Uno de los administradores de la STN había ido a ver a Voltaire a Ferney en abril de 1770. El filósofo le había prometido que retocaría las hojas impresas que Cramer debía dirigirle y las enviaría a Neuchâtel para una edición pirata.¹⁵ Voltaire empleaba con gusto argucias de este tipo. Éstas le permitían mejorar la calidad y aumentar la cantidad de sus libros, lo que servía a su principal propósito —a saber, la propagación de la Ilustración— y no a una ganancia financiera porque él no vendía su prosa a los impresores. Es, sin embargo, la motivación del beneficio lo que sigue haciendo caminar al resto del sistema. De igual modo, cuando Cramer sabe de la tentativa de la STN por invadir su mercado, protesta ante Voltaire. Éste niega la promesa hecha a la STN y los impresores se ven obligados a aceptar una versión diferente del texto que reciben de Ferney, pero sólo con adiciones y correcciones mínimas.¹⁶ De hecho, este contratiempo no perjudica las ventas porque el mercado tiene suficiente espacio para absorber no sólo las ediciones de la STN sino también las de algunos otros, particularmente la de Marc Michel Rey de Amsterdam. Los librereros tienen la opción de los proveedores y escogen en función de las ventajas adicionales que pueden obtener en materia de precios, calidad, confiabilidad y rapidez en las entregas. Rigaud trata regularmente con los editores

de París, Lyon, Rouen, Avignon y Ginebra. Pone a unos contra otros y encarga a veces el mismo libro a tres o cuatro de ellos para estar seguro de recibirlo antes que sus competidores. Utilizando varios circuitos al mismo tiempo, aumenta su margen de maniobra. Sin embargo, en el caso de las *Questions*, es él quien es rebasado y sus paquetes le son enviados por el circuito Voltaire-Cramer-Voltaire-STN.

Este circuito sirve simplemente para transportar el ejemplar del autor al impresor. Para que las hojas impresas lleguen a Rigaud en Montpellier provenientes de la STN de Neuchâtel, es necesario que sigan uno de los itinerarios más complejos del circuito del libro. Dos posibilidades se presentan. En primer lugar, una ruta que va de Neuchâtel a Marsella pasando por Ginebra, Turín, Niza (que todavía no es francesa). Esta ruta ofrece la ventaja de evitar el territorio francés —y por tanto, el peligro de confiscación— pero se requiere de grandes rodeos y enormes gastos. Los libros deben ser despachados por los Alpes y pasar por todo un ejército de intermediarios —expedidores, barqueros, carreteros, guardianes de depósitos, capitanes de navío y cargadores— antes de llegar al depósito de Rigaud. Los mejores expedidores suizos pretenden que pueden asegurar el transporte de una caja de cincuenta kilos en un mes por trece libras, ocho *sous*¹⁷ pero sus estimaciones resultan mucho muy bajas. La ruta directa Neuchâtel-Montpellier por Lyon y la ribera del Ródano es rápida, barata y fácil, pero peligrosa. Las cajas deben ser selladas en cada punto de entrada en Francia e inspeccionadas por la corporación de los libreros y el inspector real del libro en Lyon, después reexpedidos e inspeccionados una vez más en Montpellier.¹⁸

Siempre prudente, Rigaud encarga a la STN enviar los primeros volúmenes de las *Questions* por la ruta circular porque sabe que puede fiarse de su agente de Marsella, Joseph Coulomb, para introducir los libros en Francia sin tropiezo. Los libros salen el 9 de diciembre de 1771 pero no llegan antes de marzo, cuando los tres primeros volúmenes de la edición de Cramer ya son vendidos por sus competidores. El segundo y tercer volúmenes llegan en julio, pero sobrecargados de gastos de transporte y estropeados por una manipulación brutal; Rigaud se queja del retraso de la entrega: “Parece que estamos alejados cinco o seis mil leguas”; y lamenta no haber pasado su pedido a Cramer, cuyos envíos alcanzan ya el tomo seis.¹⁹ En esta fase, la STN, preocupada por perder la mayor parte de sus clientes del sur de Francia, lanza una operación de contrabando en Lyon. Se la confía a un librero marginal llamado Joseph Louis Berthoud, que logra pasar los tomos cuatro y cinco en las narices y en las barbas de los inspectores de la corporación, pero quiebra y, para empeorar las cosas, el gobierno descuenta una tasa de 60 libras tornesas por 50 kilos sobre todas las importaciones de libros. La STN se vuelve hacia la ruta de los Alpes y promete entregar la mercancía en Niza por 15 libras, los 50 kilos, si Rigaud acepta pagar el resto de los gastos con los derechos de importación incluidos. Rigaud encuentra que estos derechos significan un golpe tan duro para el comercio internacional que suspende todos sus pedidos a los proveedores extranjeros. Con la nueva política arancelaria, el paso de libros ilícitos camuflajeados en obras legales por canales comerciales normales alcanza precios prohibitivos.

Para que las hojas impresas lleguen a Rigaud en Montpellier provenientes de la STN de Neuchâtel, es necesario que sigan uno de los itinerarios más complejos del circuito del libro. Dos posibilidades se presentan.



Sin embargo, debido al estado actual de la documentación, ignoramos la identidad de los lectores de Voltaire y la naturaleza de sus reacciones al contenido de su texto. La lectura es todavía la etapa más difícil de estudiar en el circuito que siguen los libros.

En diciembre, Jacques Deandreis, el agente de la STN en Niza, recibe una entrega del tomo seis de las *Questions* destinado a Rigaud vía puerto de Sete, que estaba considerado como cerrado a las importaciones de libros. Comprendiendo entonces que había destruido prácticamente el comercio del libro extranjero, el gobierno francés bajó las tarifas a 26 libras tornesas por 50 kilos; Rigaud propone compartir los gastos con sus proveedores: él pagará un tercio si ellos aceptan tomar dos terceras partes a su cargo. Esta proposición conviene a la STN, pero en la primavera de 1772 Rigaud decide que el envío por Niza es demasiado oneroso. Sumergido en las quejas de sus clientes, la STN llega a la misma conclusión. Envía entonces a uno de sus administradores a Lyon con el objeto de concluir con J.-M. Barret, un comerciante lyonés fiable, un arreglo en cuyos términos ella expendería su mercancía a sus clientes de provincia por medio de la corporación local. Gracias a este convenio, los tres volúmenes de las *Questions* llegan a Rigaud en el curso del verano.

Se requirió de un esfuerzo continuo y de gastos considerables para que toda la demanda llegara a Montpellier. Rigaud y la STN no dejan de reajustar sus circuitos de aprovisionamiento una vez terminada esta transacción. Como las presiones económicas y políticas cambian sin cesar, deben reajustar constantemente sus arreglos en el mundo complejo de los intermediarios que establecen la conexión entre las imprentas y las librerías y después de todo determinan, a menudo, el género de literatura que llega a los lectores franceses.

Es imposible saber cómo los lectores asimilaban sus libros. El análisis bibliográfico de todos los ejemplares localizables indicaría cuáles eran las variedades del texto accesibles. Un estudio de los archivos notariales de Montpellier podría dar una idea del número de ejemplares que fueron legados en herencia y los catálogos de las almonedas podrían permitir evaluar la cantidad de volúmenes conservados en las bibliotecas privadas. Sin embargo, debido al estado actual de la documentación, ignoramos la identidad de los lectores de Voltaire y la naturaleza de sus reacciones al contenido de su texto. La lectura es todavía la etapa más difícil de estudiar en el circuito que siguen los libros.



IV

Todas las etapas son afectadas por las condiciones sociales, económicas, políticas e intelectuales de la época. Sin embargo, para Rigaud, estas influencias generales se hacen sentir en un contexto local. Él vende libros en una ciudad de treinta y un mil habitantes. A pesar de una industria textil próspera, Montpellier es esencialmente un centro religioso y administrativo apegado a sus antiguas tradiciones. Ricamente dotada de instituciones culturales, la ciudad posee una universidad, una academia de ciencias, doce logias masónicas y dieciséis comunidades monásticas. Sede de los Estados Provinciales de Languedoc, es igualmente una intendencia y, gracias a su importante palacio de justicia, cuenta con una fuerte población de hombres de leyes y de funcionarios reales. Si se parecen a sus homólogos de otros centros provinciales,²⁰ representan una fuente de clientes para Rigaud

y se interesan probablemente por la literatura de la Ilustración. No hace alusión a su medio social en su correspondencia pero nota que reclaman las obras de Voltaire, Rousseau y Raynal. Se suscriben masivamente a la *Encyclopédie* y encargan incluso los tratados ateos como *Le Système de la nature* y *Philosophie de la nature*. Montpellier no es un pantano intelectual. Es un terreno propicio para los libros. Como escribe un observador en 1768, "la librería es muy extensa para esta ciudad. Los libreros están bien surtidos, desde que el gusto de los habitantes se inclinó a tener bibliotecas".²¹

Estas condiciones favorables existen todavía cuando Rigaud encarga sus *Questions* pero, en el curso de los años de 1770 y 1780, constata como todos los libreros que su comercio decae seriamente. Por otra parte, según C.E. Labrousse,²² toda la economía francesa está a la baja. Las finanzas del Estado se encuentran en una situación lamentable. Para reducir el déficit acumulado durante la guerra de los Siete Años, Terray toma medidas económicas impopulares, particularmente las desastrosas leyes arancelarias que aumentan los impuestos sobre los libros y el papel. El gobierno intenta también impedir la introducción de obras prohibidas y pirateadas por un reforzamiento de la represión policiaca y después, en 1777, por una reforma general del comercio del libro. A final de cuentas, esta política arruina el comercio de Rigaud con la STN y las otras casas de edición que se instalaron en el contorno de las fronteras francesas durante los años prósperos de mediados de siglo.

Los editores extranjeros producen a la vez ediciones originales que no serían toleradas por la censura francesa y falsificaciones de libros legales publicados en París. Como los parisinos han adquirido un monopolio virtual sobre la industria legal del libro, sus rivales de provincia forman alianzas con las casas extranjeras y apartan la mirada cuando los paquetes llegan para ser revisados en las cámaras sindicales de provincia. Bajo Luis XIV, el gobierno se sirve de la comunidad de libreros e impresores parisinos para reprimir la librería clandestina, pero la vigilancia se relaja cada vez más y más bajo Luis XV, hasta que un nuevo periodo de severidad comienza con la caída del ministro Choiseul (diciembre de 1770). Así, las relaciones de Rigaud con la STN se insertan perfectamente en un esquema político-económico que domina el comercio del libro desde el principio del siglo XVIII, y comienza a esfumarse en el momento mismo en que los primeros paquetes de las *Questions* se encaminan entre Neuchâtel y Montpellier.

Existen sin duda otros esquemas en otras ramas de la investigación, porque no es necesario aplicar el mismo modelo de la misma manera ni, por otra parte, aplicar alguno. No pretendo que la historia del libro deba ser escrita conforme a una fórmula estándar. Trato simplemente de mostrar que sus elementos inconexos pueden ser agrupados dentro de un solo proyecto conceptual. Otros historiadores del libro pueden preferir caminos diferentes. Algunos, como Madeleine Ventre, se concentran en el comercio del libro en la región de Languedoc, o en la bibliografía general de Voltaire, como lo han hecho Gilles Barber, Jérôme Vercruysse y algunos otros, o aun sobre el conjunto de la producción del libro en el siglo XVIII a la manera de François Furet y Robert Estivals.²³ Sin embargo, cualquiera que sea la manera en

El gobierno intenta también impedir la introducción de obras prohibidas y pirateadas por un reforzamiento de la represión policiaca y después, en 1777, por una reforma general del comercio del libro.



A pesar de la proliferación de biografías de grandes escritores, las condiciones fundamentales del estatuto de autor permanecen oscuras para la mayor parte de los periodos de la historia. ¿En qué fase los escritores se liberaron de la alta nobleza y del Estado?

que traten su tema, sólo obtendrán una plena significación si lo relacionan con todos los elementos que forman un circuito destinado a la transmisión de textos. Para mayor claridad, regresaré una vez más sobre el circuito modelo, señalando las cuestiones que ya han sido examinadas con éxito o que parecen propicias para la investigación.

Autores

A pesar de la proliferación de biografías de grandes escritores, las condiciones fundamentales del estatuto de autor permanecen oscuras para la mayor parte de los periodos de la historia. ¿En qué fase los escritores se liberaron de la alta nobleza y del Estado para vivir de su pluma? ¿Cuál es la naturaleza de una carrera literaria y cómo se sigue? No sólo comprenderemos plenamente el proceso de la transmisión de los textos cuando estas cuestiones hayan recibido una respuesta. Voltaire pudo concertar alianzas secretas con editores piratas porque no vivía de su pluma. Un siglo más tarde, Zola declara que un escritor es independiente en la medida en que puede vender su prosa al mejor postor.²⁴ ¿Cómo se produjo esta transformación? Los trabajos de John Lough proporcionan un principio de respuesta pero es posible efectuar una investigación más sistemática sobre la evolución de la República de las Letras gracias a los informes de policía, a los almanaques literarios y a las bibliografías (*La France littéraire* da los nombres y publicaciones de 1187 autores en 1757 y 3089 en 1784). En Alemania, la situación es más oscura debido a la división de los Estados antes de 1871. Sin embargo, los investigadores alemanes comienzan a beber en fuentes como *Das Gelehrte Teutschland*, que menciona cuatro mil autores en 1779, y a establecer los lazos que existen entre autores, editores y lectores en los estudios regionales y monográficos.²⁵ Marino Berengo ha mostrado que es posible conseguir un gran número de conocimientos sobre las relaciones autor-editor en Italia.²⁶ A.S. Collins ha escrito también un excelente informe sobre la situación de los escritores en Inglaterra, aunque éste requiere ser puesto al día y completado más allá del siglo XVIII.²⁷

Editores

El papel clave de los editores comienza a precisarse gracias a los artículos que aparecen en revistas como *Journal of Publishing History* y monografías como *The World of Aldus Manutius* de Martin Lowry, *Charles Dickens and his Publishers*, de Robert Patten, y *Entrepreneurs of Ideology: Neo-conservative Publishers in Germany, 1890-1933*, de Gary Stark. Entretanto, la evolución del editor como personalidad distinta en oposición al maestro librero y al impresor necesita todavía un estudio sistemático. Los historiadores han comenzado apenas a abreviar en los documentos de los editores, aunque éstos representan la más rica de todas las fuentes para la historia del libro. Los archivos de Cotta Verlag en Marbach contienen al menos 150,000 piezas. Sin embargo, han sido examinadas casi sólo en relación con Goethe, Shiller y otros escritores célebres. Investigaciones más amplias ciertamente pondrían al día un gran número de informaciones concernientes al libro como fuerza en la Alemania del siglo XIX. ¿Cómo

celebraban los editores los contratos con los autores, establecían alianzas con los libreros, negociaban con las autoridades políticas? ¿Cómo administraban sus finanzas, sus aprovisionamientos, sus remesas, su publicidad? Las respuestas a estas preguntas hundirían la historia de los libros en el corazón del campo de la historia social, económica y política para el mayor beneficio de todos. El proyecto de bibliografía histórica de Newcastle o Tyne y el Instituto de Literatura y Técnicas Artísticas de Masa en Burdeos indican la orientación que ha tomado ya un trabajo interdisciplinario similar. El grupo de Burdeos ha tratado de seguir los libros a través de diferentes sistemas de distribución con el fin de descubrir la experiencia literaria de diferentes grupos en la Francia contemporánea.²⁸ Los investigadores de Newcastle han estudiado el proceso de difusión a través del análisis cuantitativo de las listas de suscripción, que son ampliamente utilizadas en las campañas de ventas de los editores ingleses desde principios del siglo XVII hasta principios del siglo XIX.²⁹ Un trabajo análogo es posible en los catálogos y prospectos reunidos en los centros de investigación como la Newberry Library. Todo el tema de la publicidad de los libros necesita una encuesta. La presentación de una obra —aspecto, banda de anuncio— en toda forma de publicidad (avisos en los diarios, carteles) nos revela mucho sobre las actitudes con respecto a los libros y sobre el contexto de su utilización. Los historiadores americanos utilizan los anuncios de los periódicos para localizar la difusión de la palabra impresa en los lugares apartados de la sociedad colonial.³⁰ Consultando los documentos de los editores, pueden incursionar en los siglos XIX y XX.³¹ Desafortunadamente, sin embargo, los editores tratan sus archivos como desperdicios. Aunque salvan de vez en cuando una carta de algún escritor conocido, tiran los libros de cuentas y la correspondencia comercial, que son generalmente las fuentes de información más importantes para la historia del libro. El Centro del Libro de la Biblioteca del Congreso ha preparado un catálogo de los archivos de los editores. Si estas fuentes pueden ser preservadas y estudiadas permitirán ver la historia de América bajo un nuevo aspecto.

Impresores

El taller de imprenta es la etapa más conocida de la producción y de la difusión del libro porque, según la definición de R.B. McKerrow y Philip Gaskell, es un objeto de estudio privilegiado en el campo de la bibliografía analítica, cuyo fin es “dilucidar la transmisión de los textos explicando el proceso de la producción de los libros”.³² Las bibliografías han aportado importantes contribuciones a la crítica textual, sobre todo en el conocimiento de Shakespeare, remontando de la estructura de un libro al proceso de su impresión y, de ahí, a un texto original como los manuscritos faltantes de Shakespeare. Este tipo de razonamiento ha sido recientemente criticado por D. F. McKenzie.³³ No obstante, incluso si no pueden reconstituir jamás un auténtico documento de Shakespeare, los bibliógrafos pueden demostrar la existencia de las diferentes ediciones de un texto y las diferentes etapas de una edición, un trabajo sobre todo necesario en los estudios de difusión. Sus técnicas permiten también descifrar informes

Los historiadores americanos utilizan los anuncios de los periódicos para localizar la difusión de la palabra impresa en los lugares apartados de la sociedad colonial. Consultando los documentos de los editores, pueden incursionar en los siglos XIX y XX.



¿Cómo son despachados los libros del taller del impresor a la tienda del librero? El carro, la chalana, el navío mercante, la oficina de correos y el ferrocarril han influido la historia de la literatura más de lo que uno se imagina.

de los impresores y abren también una fase archivística nueva en la historia de la imprenta. Gracias a los trabajos de McKenzie, León Voot, Raymond de Roover y Jacques Rychner, tenemos desde ahora una idea más clara de la forma como las imprentas operaban durante todo el periodo de la impresión manual (1500 a 1800 aproximadamente).³⁴ Otros trabajos son necesarios sobre periodos más recientes y nos quedan todavía muchas preguntas que plantear: ¿Cómo calculaban los impresores los gastos y organizaban la producción, sobre todo después del auge del periodismo? ¿Cómo cambiaron los presupuestos de los libros después de la introducción del papel fabricado mecánicamente en el primer decenio del siglo XIX y del linotipo en el curso de los años de 1880? ¿Cómo afectaron los cambios tecnológicos la organización del trabajo? ¿Qué papel desempeñaban en la historia del trabajo los impresores jornaleros, una fracción habitualmente locuaz y militante de la clase trabajadora? La bibliografía analítica puede parecer hermética al profano. No obstante, puede aportar una gran contribución a la historia social y literaria sobre todo si se complementa con una lectura de los manuales y autobiografías de los impresores, comenzando por las de Thomas Platter, Thomas Gent, N. E. Restif de La Bretonne, Benjamin Franklin y Charles Manby Smith.

Transportadores

¿Cómo son despachados los libros del taller del impresor a la tienda del librero? El carro, la chalana, el navío mercante, la oficina de correos y el ferrocarril han influido la historia de la literatura más de lo que uno se imagina. Aunque sin duda las facilidades de transporte hayan afectado poco al comercio de los grandes centros de publicación como Londres y París, a veces determinan el flujo y el reflujo de los negocios en las regiones apartadas. Antes del siglo XIX, los libros son despachados generalmente en hojas, de suerte que el cliente puede encuadernarlos según su gusto y sus posibilidades de pago. Viajan en grandes bultos envueltos en papel grueso y son frecuentemente estropeados por la lluvia y la fricción de las cuerdas. Comparados a los artículos como los textiles, su valor intrínseco es bajo pero los gastos de envío son elevados de acuerdo con el tamaño y el peso de las hojas. De este modo, frecuentemente el envío cuenta mucho en el precio total de un libro y ocupa un lugar importante en la estrategia de comercialización de los editores. En numerosos países de Europa, los impresores sólo pueden contar con que sus envíos llegaran a los libreros en agosto y septiembre porque, en esta época, los transportadores abandonan la ruta por los trabajos de los campos. El comercio del Báltico está detenido desde octubre porque los puertos son bloqueados por los hielos. Las rutas se abren o se cierran en función de las presiones de la guerra, de la política e incluso de las tasas de seguro. Una cantidad imponente de literatura prohibida viaja clandestinamente desde el siglo XVI; también su influencia varía en la medida en que el contrabando es eficaz. Otros géneros, como los libros de venta ambulante y las novelas sensacionales, circulan a través de sistemas de distribución especiales que requieren un estudio más profundo, aunque los historiadores del libro han comenzado a allanar parte del terreno.³⁵

Libreros

Gracias a algunos estudios clásicos —H.W. Bennett sobre los inicios de la Inglaterra moderna, L.C. Wroth sobre la América colonial, H.J. Martin sobre la Francia del siglo XVII y Johann Goldfriedrich sobre Alemania— es posible reconstruir un panorama de la evolución del comercio del libro.³⁶ Sin embargo, un gran trabajo falta por hacer en lo que concierne al librero y su papel de agente cultural y de intermediario entre la oferta y la demanda en su punto de encuentro clave. No sabemos mucho todavía del mundo social e intelectual de hombres como Rigaud, de sus valores y sus gustos, sobre la posición que ocupan en sus comunidades. También operan en el seno de redes comerciales que se desarrollan y se rompen como las alianzas en el mundo diplomático. ¿Qué leyes rigen el ascenso y descenso de los imperios del comercio de la edición? Una comparación de historias nacionales revelaría algunas tendencias generales tales como la fuerza centrípeta de grandes centros como Londres, París, Francfort y Leipzig, que atraen a las casas provinciales en su órbita y la fuerza centrífuga que tiende a favorecer las alianzas entre los comerciantes de provincia y los proveedores de enclaves independientes como Liège, Bouillon, Neuchâtel, Ginebra, Avignon. No obstante, las comparaciones son difíciles porque el comercio se practica mediante instituciones diferentes en países diferentes, que acumulan diferentes clases de archivos. Los informes de la London Stationer's Company, la Comunidad de Libreros e Impresores de París y las ferias de Leipzig y Francfort han influido grandemente en el curso de la historia del libro en Inglaterra, Francia y Alemania.³⁷

Sin embargo, los libros se venden por todas partes como artículos de consumo. Un estudio económico más osado nos abriría nuevas perspectivas sobre la historia de la literatura. James Barnes, John Tebbel y Frédéric Barbier han demostrado la importancia del elemento económico en el comercio del libro de Inglaterra, América y de la Francia del siglo XIX.³⁸ Pero todavía falta trabajo que hacer sobre los mecanismos de crédito, por ejemplo, y las técnicas de negociación de los billetes de cambio, de defensa contra las suspensiones de pago y de intercambio de hojas impresas en lugar de liquidaciones en efectivo. Lo mismo que otros comercios del Renacimiento y de diferentes épocas del inicio de los tiempos modernos, el comercio del libro es un juego de engaños, pero nosotros no siempre conocemos sus reglas.

Lectores

A pesar de una abundante literatura que trata de su psicología, de su fenomenología, de su textología y de su sociología, la lectura permanece como una actividad misteriosa. ¿Cómo comprenden los lectores el sentido de los signos que cubren la página impresa? ¿Cuáles son los efectos sociales de esta experiencia? ¿Cómo ha evolucionado? Ciertos especialistas de las letras como Wayne Booth, Stanley Fish, Wolfgang Iser, Walter Ong y Jonathan Culler, han hecho de la lectura el tema central de la crítica textual porque, para ellos, la literatura es una actividad, la interpretación del pensamiento en el seno de un sistema de comunicación en lugar de un canon de textos.³⁹ El historia-

Un gran trabajo falta por hacer en lo que concierne al librero y su papel de agente cultural y de intermediario entre la oferta y la demanda en su punto de encuentro clave.



Si es posible reencontrar las reacciones de los grandes hombres del pasado en la lectura de textos conocidos, la experiencia interior del lector ordinario siempre puede escapárse nos. No obstante, deberíamos al menos poder reconstruir gran parte del contexto social de la lectura.

dor del libro puede servirse de sus nociones de público ficticio, de lectores implícitos y de comunidades interpretativas pero encontrará sus observaciones un poco limitadas en el tiempo. Aunque los críticos sepan conducirse en la historia literaria (particularmente la de la Inglaterra del siglo XVII), parecen convencidos de que los textos afectan siempre del mismo modo la sensibilidad de los lectores. Sin embargo, el universo de un burgués londinense del siglo XVII es diferente al de un profesor americano del siglo XX. La lectura misma ha cambiado de una época a otra. Antes, se leía en voz alta, en grupo o en secreto, con una intensidad inimaginable hoy en día. Carlo Ginzburg mostró todo el sentido que un molinero del siglo XVI podía inyectar a un texto y Margaret Spufford descubrió que obreros más humildes aún habían dominado la palabra impresa en la época de la *Areopagitica* de Milton.⁴⁰ En toda la Europa de principios de los tiempos modernos, de Montaigne a Menocchio, los lectores dan un sentido a lo que leen, no se contentan con descifrar un texto pasivamente. La lectura era una pasión mucho antes de la "*Lesewut*" y la "*Wertherfieber*" de la época romántica. Está impregnada de *Strum und Drang* a pesar de la moda de la lectura rápida y de la concepción mecanicista de la lectura en tanto codificación y decodificación de mensajes.

Los textos determinan la reacción de los lectores, por más activos que sean. Como observa Walter Ong, las primeras páginas de los *Contes de Canterbury* y de *L'Adieu aux armes* montan un decorado y sitúan al lector en un papel que no puede rechazar cualesquiera que sean sus sentimientos sobre las peregrinaciones y las guerras civiles.⁴¹ De hecho, la tipografía, como el estilo y la sintaxis, determina la manera en que los textos son interpretados. McKenzie demostró que el burdo Congreve de las primeras ediciones se convirtió en el autor neoclásico distinguido de los *Works* gracias a la presentación de los libros mucho más que a causa de la suavidad del texto.⁴² La historia de la lectura debe tener en cuenta las limitaciones que los textos imponen al lector tanto como las libertades que el lector se toma con el texto. La tensión que existe entre estas tendencias data de la época en que los hombres se encontraron confrontados a los libros y produjo efectos extraordinarios como la lectura de los Salmos por Lutero, la lectura del *Misanthrope* por Rousseau, la lectura del sacrificio de Isaac por Kierkegaard.

Si es posible reencontrar las reacciones de los grandes hombres del pasado en la lectura de textos conocidos, la experiencia interior del lector ordinario siempre puede escapárse nos. No obstante, deberíamos al menos poder reconstruir gran parte del contexto social de la lectura. El debate relativo a la lectura silenciosa en la Edad Media ha provisto de testimonios impresionantes sobre los hábitos de lectura.⁴³ Además, los estudios sobre las sociedades de lectura en Alemania, que proliferan a un grado extraordinario en los siglos XVIII y XIX, mostraron la importancia de la lectura en el desarrollo de un estilo cultural burgués distinto.⁴⁴ Los especialistas alemanes aportaron una buena contribución a la historia de las bibliotecas y a los estudios sobre la recepción de los libros.⁴⁵ Siguiendo una idea de Rolf Engelsing, sostienen a menudo que los hábitos de lectura se transformaron a fines del siglo XVIII. Antes de esta "*Leserevolution*", los

lectores tienden a trabajar laboriosamente sobre un pequeño número de textos que retoman sin cesar, especialmente la Biblia. A continuación recorren materiales de todo género más en busca de diversión que de edificación. El paso de la lectura intensiva a la lectura extensiva coincide con una desacralización de la palabra impresa. El mundo comienza a ser colmado de materiales de lectura y los textos son tratados como artículos susceptibles de ser desechados tan descuidadamente como el periódico del día anterior. Esta interpretación acaba de ser rebatida por Reinhart Siegert, Martin Welke y otros jóvenes investigadores que descubrieron la lectura "intensiva" en la percepción de obras efímeras como los almanaques y periódicos, especialmente el *Noth-und Hilfsbüchlein* de Rudolph Zacharias Becker, un extraordinario best-seller del *Goethezeit*.⁴⁶ En todo caso, que el concepto de una revolución de la lectura se mantenga o no, contribuyó a alinear la investigación concerniente a la lectura sobre las cuestiones generales de historia social y cultural.⁴⁷ Lo mismo ocurre con la investigación sobre el nivel de alfabetización,⁴⁸ que permitió a los eruditos detectar el vago perfil de diversos públicos de lectores de los siglos XVII y XVIII y de remontarse de los libros a los lectores en varios niveles de la sociedad. Mientras más bajo es el nivel, más intenso es el estudio. La literatura popular es un tema de investigación privilegiado durante la última década⁴⁹ a pesar de una tendencia creciente a negar que los libros baratos como los de la Biblioteca azul representan una cultura autónoma del común de los mortales o que existe una cultura de "élite" claramente distinta de la cultura "popular". Después de esto parece ilógico considerar el cambio cultural como un movimiento de influencias lineales que va de arriba hacia abajo, pues las corrientes suben y bajan, se mezclan y se confunden. Personajes como Gargantúa, la Cenicienta y el Buscón van y vienen cambiando de nacionalidad y de género a través de las tradiciones orales, los libros de venta ambulante y la literatura sofisticada.⁵⁰ Incluso es posible seguir las metamorfosis de personajes clásicos en los almanaques. ¿Qué revela la reencarnación del *Poor Richard* en *Bonhomme Richard* sobre la cultura literaria de América y Francia? Y ¿qué podemos aprender sobre las relaciones franco alemanas siguiendo el *Messageur Boiteux (der hinkende Bote)* gracias a la circulación de los almanaques del otro lado del Rin?

¿Quién lee qué? ¿En qué condiciones? ¿En qué momento y con qué efecto? Tantas preguntas que relacionan los estudios sobre la lectura con la sociología. El historiador del libro aprende a perseguir esta encuesta gracias a los trabajos de Douglas Waples, Bernard Berelson, Paul Lazarsfeld y Pierre Bourdieu. Puede tomar de los informes sobre la lectura que abundan en la Graduate Library School de la Universidad de Chicago de 1930 a 1950 y que aparecen aún en el informe Gallup.⁵¹ Como ejemplo de la tendencia sociológica en las obras históricas, puede consultar los estudios sobre la lectura (y la ausencia de lectura) en la clase trabajadora inglesa durante los dos últimos siglos por Richard Altick, Robert Webb y Richard Hoggart.⁵² Todos estos trabajos desembocan en el problema más vasto de la manera en que la percepción de la palabra impresa afecta al pensamiento. ¿La invención de los caracteres móviles transformó el universo mental del hombre? Posiblemente no exista respuesta satisfactoria alguna a

El paso de la lectura intensiva a la lectura extensiva coincide con una desacralización de la palabra impresa. El mundo comienza a ser colmado de materiales de lectura y los textos son tratados como artículos susceptibles de ser desechados tan descuidadamente como el periódico del día anterior.



Se pueden perder de vista fácilmente las más vastas dimensiones de la empresa porque los historiadores del libro se apartan a menudo en especializaciones sin relación entre ellas. Su trabajo está a veces tan fragmentado, incluso en los límites de la literatura de un solo país, que parece imposible concebir la historia del libro como un tema único a estudiar desde el punto de vista comparativo a través de toda la gama de las disciplinas históricas.

esta pregunta, pues se refiere a demasiados aspectos diferentes de la vida en los inicios de la Europa moderna, como los mostró Elisabeth Eisenstein.⁵³ Sin embargo, debe ser posible llegar a una percepción más clara de la significación de los libros en la vida cotidiana. Su utilización en las prestaciones de juramento, en los intercambios de presentes, en el otorgamiento de premios, en las atribuciones de legados proporciona indicaciones sobre su importancia en el seno de las diferentes sociedades. La iconografía de los libros puede indicar el peso de su autoridad incluso para trabajadores iletrados que permanecen sentados en la iglesia ante la imagen de las tablas de la ley. El lugar de los libros en el folklore y del folklore en los libros muestra que las influencias se ejercen en los dos sentidos cuando las tradiciones orales entran en contacto con los textos impresos y que los libros piden ser estudiados en relación con los otros *media*.⁵⁴ Las vías de investigación pueden conducir en varias direcciones pero todas deben desembocar, a fin de cuentas, en una mejor comprensión de la manera en que la imprenta ha permitido al hombre percibir la condición humana.

Se pueden perder de vista fácilmente las más vastas dimensiones de la empresa porque los historiadores del libro se apartan a menudo en especializaciones sin relación entre ellas. Su trabajo está a veces tan fragmentado, incluso en los límites de la literatura de un solo país, que parece imposible concebir la historia del libro como un tema único a estudiar desde el punto de vista comparativo a través de toda la gama de las disciplinas históricas. Sin embargo, los libros mismos no respetan los límites lingüísticos o nacionales. Son a menudo la obra de autores que pertenecen a una república de las letras internacional, compuesta por impresores que no trabajan en su lengua natal, vendidos por libreros que operan más allá de las fronteras nacionales y leídos en una lengua por lectores que hablan otra. Los libros rechazan también ser contenidos en los límites de una sola disciplina cuando son tratados como objetos de estudio. Ni la historia, ni la literatura, ni la economía, ni la sociología, ni la bibliografía pueden hacer justicia a todos los aspectos de la vida de un libro. En consecuencia, por su naturaleza misma, la historia del libro debe ser internacional en sus dimensiones e interdisciplinaria en su método. Pero no carece de coherencia conceptual pues los libros pertenecen a circuitos de comunicación que operan siguiendo esquemas lógicos, por complejos que ellos sean. Separando estos circuitos, los historiadores pueden demostrar que los libros no se limitan a contar la historia, la hacen.

Notas

* Este artículo apareció por primera vez en *Daedalus* (verano de 1982), pp. 65-83. Después intenté desarrollar sus temas en un estudio sobre la historia de la lectura (cap. 9) y en "Histoire du livre-Geschichte des Buchwesens. An agenda for comparative history", en *Publishing History*, núm. 22, 1987, pp. 33-41.

¹ Jóvenes revolucionarios, en alusión a los reformadores del comité de la Joven Turquía creado en 1868. (N. de los t.)

² Obra traducida al español por Agustín Millares Carlo y publicada en 1962 por la Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, México. (N. de los t.)

³ Ejemplos de este trabajo: véase, además de las obras citadas en este estudio, Henri-Jean Martin, *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVII^e siècle (1598-1701)* (Ginebra, 1969), 2 vols.; Jean Quéniart, *L'imprimerie et la librairie à Rouen au XVIII^e siècle* (París, 1969); René Moulinas, *L'imprimerie, la librairie et la presse à Avignon au XVIII^e siècle* (Grenoble, 1974) y Frédéric Barbier, *Trois cents ans de librairie et d'imprimerie: Berger-Levrault, 1676-1830* (Ginebra, 1979) en la serie "Histoire et civilisation du livre", que comprende varias monografías escritas siguiendo modelos similares. Una gran parte de los trabajos franceses apareció en forma de artículos en la *Revue française d'histoire du livre*. Véase también Roger Chartier y Daniel Roche: "Le livre, un changement de perspective", en *Faire de l'histoire* (París, 1974), III, pp. 115-136 y "L'histoire quantitative du livre", en *Revue française d'histoire du livre* (1977), pp. 3-27. Dos de sus compañeros americanos, Robert Darnton y Raymond Birn, los han apoyado cordialmente, el primero en "Reading, Writing and Publishing in Eighteenth Century France. A Case Study in the Sociology of Literature", *Daedalus* (invierno de 1971), pp. 214-256; y el segundo en "Livre et Société After Ten Years: Formation of a Discipline", en *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, 151 (1976), pp. 287-312.

⁴ Véase Theodore Besterman, *Voltaire* (Nueva York, 1969), pp. 433-434; Daniel Mornet, "Les enseignements des bibliothèques privées (1750-1780)", en *Revue d'histoire littéraire de la France*, 17 (1910), pp. 449-492 y los estudios bibliográficos en preparación bajo la dirección de la Fundación Voltaire, que remplazarán a la bibliografía caduca de Georges Bengesco.

⁵ El siguiente relato está basado en las 99 cartas del expediente de Rigaud contenido en los documentos de la STN, Biblioteca de la ciudad de Neuchâtel, Suiza, completadas por otros materiales reunidos en los archivos de la STN.

⁶ Rigaud a la STN, 27 de julio de 1771.

⁷ El esquema de pedidos de Rigaud es evidente a través de sus cartas a los Neuchatelenses y "los libros de comisión" de la STN, donde la sociedad registra los pedidos. Rigaud incluye catálogos de su reserva en sus cartas del 29 de junio de 1774 y del 23 de mayo de 1777.

⁸ Moneda imaginaria que se utilizaba para facilitar las cuentas. (N. de los t.)

⁹ Madeleine Ventre, *L'imprimerie et la librairie en Languedoc au dernier siècle de l'Ancien Régime*, París y la Haya, 1958, p. 227.

¹⁰ B. André a la STN, 22 de agosto de 1784.

¹¹ *Manuel de l'auteur et du libraire*, París, 1777, p. 67.

¹² Jean-François Favarger a la STN, 29 de agosto de 1778.

¹³ El acta de las incursiones en la Biblioteca Nacional, ms. francés 22075, f. 355.

¹⁴ Fontanel a la STN, 18 de mayo de 1781.

¹⁵ La STN a Gosse y Pinet, libreros de La Haya, 19 de abril de 1770.

¹⁶ La STN a Voltaire, 15 de septiembre de 1770.

¹⁷ Moneda fraccionaria. Una libra tornesa equivalía a veinte sous. (N. de los t.)

¹⁸ Este relato está basado en la correspondencia de la STN con sus agentes establecidos en las redes de distribución, particularmente los agentes expedidores Nicole y Gailliard de Nyon y Secrétan y De la Serve d'Ouchy.

¹⁹ Rigaud a la STN, 28 de agosto de 1771.

²⁰ Robert Darnton, *The Business of Enlightenment. A Publishing History of the Encyclopédie 1775-1800*, Cambridge, Mass., 1979, pp. 273-299.

²¹ Anónimo, "Etat et description de la ville de Montpellier, fait en



1768", en *Montpellier en 1768 et en 1836 d'après deux manuscrits inédits*, editado por J. Bertheli, Montpellier, 1909, p. 55. Esta soberbia descripción de Montpellier es la principal fuente de los detalles mencionados.

²² C. E. Labrousse, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, 1944.

²³ Ventre, *L'imprimerie et la librairie en Languedoc*; François Furet, "La librairie du royaume de France au XVIIIe siècle", en *Livre et Société*, I, pp. 3-32 y Robert Estivals, *La Statistique bibliographique de la France sous la monarchie au XVIIIe siècle*, París y La Haya, 1965. La obra bibliográfica será publicada bajo los auspicios de la Fundación Voltaire.

²⁴ John Lough, *Writer and Public in France from the Middle Ages to the Present Day*, Oxford, 1978, 303 p.

²⁵ Para documentarse sobre las investigaciones alemanas recientes, véase Helmut Kiesel y Paul Munch: *Gesellschaft und Literatur im 18. Jahrhundert: Voraussetzungen und Entstehung des literarischen Marktes in Deutschland* (Munich, 1977); *Aufklärung, Absolutismus und Bürgertum in Deutschland*, presentado por Franklin Kopitzsch (Munich, 1976); y Herbert G. Göpfert, *Vom Autor zum Leser* (Munich, 1978).

²⁶ Marino Berengo, *Intelletuali e librai nella Milano della Restaurazione* (Turín, 1980). En conjunto, sin embargo, la versión francesa de la historia del libro recibió una aceptación mucho menos entusiasta en Italia que en Alemania. Véase Furio Díaz, "Metodo quantitativo e storia delle idee", *Rivista storica italiana*, 78, 1966, pp. 932-947.

²⁷ A. S. Collins, *Authorship in the Days of Johnson* (Londres, 1927) y *The Profession of Letters (1780-1832)* (Londres, 1928). Para trabajos más recientes véase John Feather, "John Nourse and his Authors", *Studies in Bibliography*, 34, 1981, pp. 205-226.

²⁸ Robert Escarpit, *Le littéraire et le social. Eléments pour une sociologie de la littérature*, París, 1970.

²⁹ Peter John Wallis, *The Social Index. A New Technique for Measuring Social Trends*, Newcastle on Tyne, 1978.

³⁰ William Gilmore termina actualmente la puesta a punto de un proyecto de investigación extensivo sobre la difusión de libros en la Nueva Inglaterra colonial. Para los aspectos políticos y económicos de la prensa colonial, véase Stephen Botein, "Meer Mechanics and an Open Press: The Business and Political Strategies of Colonial American Printers", *Perspectives in American History*, 9, 1975, pp. 127-225 y *The Press and the American Revolution*, presentado por Bernard Bailyn y John B. Hench (Worcester, Mass., 1980) que contienen amplias referencias a los trabajos que tratan de los inicios de la historia del libro en América.

³¹ Para una idea de conjunto sobre la historia del libro en la época contemporánea en este país, véase Hellmut Lehmann-Haupt, *The Book in America*, Nueva York, 1952.

³² Philip Gaskell, *A New Introduction to Bibliography* (Nueva York y Oxford, 1972), Prefacio. La obra de Gaskell proporciona una excelente vista de conjunto sobre el tema.

³³ D. F. McKenzie, "Printers of the Mind: Some Notes on Bibliographical Theories and Printing House Practices", *Studies in Bibliography*, 22, 1969, pp. 1-75.

³⁴ D. F. McKenzie, *The Cambridge University Press 1696-1712* (Cambridge, 1966), 2 vols.; Léon Voet, *The Golden compasses* (Amsterdam, 1969 y 1972), 2 vols.; Raymond de Roover, "The Business Organisation of the Plantin Press in the Setting of Sixteenth-century Antwerp", *De Gulden passer*, 24 (1956), pp. 104-120; y Jacques Rychner, "A l'ombre des Lumières: coup d'oeil sur la main-d'oeuvre de quelques imprimeries du XVIIIe siècle", *Studies on Voltaire and the Eighteenth-Century*, 155 (1976), pp. 1925-1955, y "Running a Printing House in Eighteenth-

century Switzerland: the Workshop of the Société typographique de Neuchâtel”, *The Library*, sexta serie (1979), pp. 1-24.

³⁵ Véase J. P. Belin, *Le commerce des livres prohibés à Paris de 1750 à 1789* (Paris, 1913); Jean-Jacques Darmon, *Le Colportage de librairie en France sous le second empire* (Paris, 1972) y Reinhart Siegert, *Aufklärung und Volkslektüre exemplarisch dargestellt an Rudolph Zacharias Becker und seinem Noth-und-Hülfsbüchlein mit einer Bibliographie zum Gesamtthema* (Francfort del Main, 1978).

³⁶ H. S. Bennett, *English Books and Readers 1475 to 1557* (Cambridge, 1952) y *English Books and Readers 1558-1603* (Cambridge, 1965); L.C. Wroth, *The Colonial Printer* (Portland, 1938); Martin, *Livre, pouvoirs et sociétés*; Johann Goldfriedrich y Friedrich Kapp, *Geschichte des Deutschen Buchhandels* (Leipzig, 1886-1913), 4 vols.

³⁷ Comparar Cyprian Blagden, *The Stationer's Company, A History, 1403-1959* (Cambridge, 1960); Martin, *Livre, pouvoirs et société*; y Rudolf Jentzsch, *Der deutschlateinische - Büchermarkt nach den Leipziger Ostermesskatalogen von 1740, 1770 und 1800 in seiner Gliederung und Wandlung* (Leipzig, 1912).

³⁸ James Barnes, *Free Trade in Books: A Study of the London Book Trade Since 1800* (Oxford, 1964); John Tebbel, *A History of Book Publishing in the United States* (Nueva York, 1972-1978), 3 vols.; Barbier, *Trois cents ans de librairie et d'imprimerie*.

³⁹ Véase Wolfgang Iser, *The Implied Reader: Patterns of Communication in Prose Fiction from Bunyan to Beckett* (Baltimore, 1974); Stanley Fish, *Self-Consuming Artifacts: The Experience of Seventeenth-century Literature* (Berkeley y Los Angeles, 1972); *Is there a Text in This Class? The Authority of Interpretative Communities* (Cambridge, Mass., 1980); Walter Ong, “The Writer's Audience is Always a Fiction”, *PMLA (Publication of the Modern Language Association of America)*, 90, 1975, pp. 9-21. Para muestras de otras variaciones sobre estos temas, véase Suzan R. Suleiman e Inge Crosman, *The Reader in the Text: Essays on Audience and Interpretation* (Princeton, 1980).

⁴⁰ Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Sixteenth-century Miller*, Baltimore, 1980; Margaret Spufford, “First Steps in Literacy: The Reading and Writing Experiences of the Humbles Seventeenth-century Spiritual Autobiographers”, *Social History*, 4, 1979, pp. 407-435.

⁴¹ Ong, “The Writer's Audience is Always a Fiction”.

⁴² D. F. McKenzie, “Typography and Meaning, the Case of William Congreve”, en *Wolfenbütteler Schriften zur Geschichte des Buchwesens*, Hamburgo, 1981, IV, pp. 81-125.

⁴³ Véase Paul Saenger “Silent Reading: Its Impact on Late Medieval Script and Society”, *Viator*, 13, 1982, pp. 367-414.

⁴⁴ Véase *Lesegesellschaften und bürgerliche Emanzipation. Ein Europäischer Vergleich*, presentado por Otto Dann (Munich, 1981) que contiene una bibliografía completa.

⁴⁵ Ejemplos de trabajos recientes: *Öffentliche und Private Bibliotheken im 17. und 18. Jahrhundert: Raritätenkammern, Forschungsinstrumente oder Bildungsstätten?*, presentado por Paul Raabe (Brenay Wolfenbüttel, 1977). Gran parte del estímulo con respecto a recientes estudios de percepción viene del trabajo teórico de Hans Robert Jauss, particularmente *Literaturgeschichte als Provokation* (Francfort del Main, 1970)

⁴⁶ Engelsing, *Analphabetentum und Lektüre. Zur Sozialgeschichte des Lesens in Deutschland zwischen feudaler und industrieller Gesellschaft* (Stuttgart, 1973), y *Der Bürger als Leser, Lesergeschichte in Deutschland 1500-1800* (Stuttgart, 1974); Siegert, *Aufklärung und Volkslektüre* y Martin Welke, “Gemeinsame Lektüre und frühe Formen von Gruppenbil-



dungen im 17. und 18. Jahrhundert: Zeitungslesen in Deutschland", en *Lesegesellschaften und bürgerliche Emanzipation*, pp. 29-53.

⁴⁷ Como ejemplo de alineación véase Rudolf Schenda, *Volk ohne Buch* (Francfort del Main, 1970) y por lo que concierne a obras más recientes, véase *Leser und Lesen im Achtzehnten Jahrhundert* presentado por Rainer Gruenter (Heidelberg, 1977) y *Lesen und Leben*, presentado por Herbert G. Göpfert (Francfort del Main, 1975).

⁴⁸ Véase François Furet y Jacques Ozouf, *Lire et écrire: l'alphabétisation des Français de Calvin à Jules Ferry* (París, 1978); Lawrence Stone, "Literacy and Education in England, 1640-1900", *Past and Present*, 4, 1969, pp. 69-139; David Cressy, *Literacy and the Social Order: Reading and Writing in Tudor and Stuart England* (Cambridge, 1980); Kenneth A. Lockridge, *Literacy in Colonial New England* (Nueva York, 1974); Carlo Cipolla, *Literacy and Development in the West* (Harmondsworth, 1969).

⁴⁹ Para una síntesis de esta investigación, véase Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Nueva York, 1978.

⁵⁰ Como ejemplo de la idea más antigua según la cual la *Bibliothèque bleue* sirve de clave para la comprensión de la cultura popular, véase Robert Mondrou, *De la Culture populaire aux XVIIe et XVIIIe siècles: La Bibliothèque bleue de Troyes* (París, 1964). Para un punto de vista más matizado y más moderno, véase Roger Chartier, *Figures de la guesuserie* (París, 1982).

⁵¹ Douglas Waples, Bernard Berelson y Franklyn Bradshaw, *What Reading Does to People* (Chicago, 1940); Bernard Berelson, *The Library's Public* (Nueva York, 1949); Elihu Katz, "Communication Research and the Image of Society: The Convergence of Two Traditions", en *American Journal of Sociology*, 65, 1960, pp. 435-440; John Y. Cole y Carol S. Gold (eds.), *Reading in America 1978* (Washington, D.C., 1979). Para el informe Gallup véase el volumen publicado por la American Library Association, *Book Reading and Library Usage: A Study of Habits and Perceptions* (Chicago, 1978). Gran parte de esta forma de sociología más antigua parece válida y puede ser estudiada en relación con la obra de Pierre Bourdieu, particularmente *La distinction: critique sociale du jugement* (París, 1979).

⁵² Richard D. Altick, *The English Common Reader: A Social History of the Mass Reading Public 1800-1900* (Chicago, 1957); Robert K. Webb, *The British Working-class Reader* (Londres, 1955); y Richard Hoggart, *The Uses of Literacy* (Harmondsworth, 1960, 1a. edición 1957).

⁵³ Elisabeth L. Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change* (Cambridge, 1979), 2 vols. Para un estudio sobre la tesis de Eisenstein, véase Anthony T. Grafton, "The Importance of Being Printed", *Journal of Interdisciplinary History*, 11, 1980, pp. 265-286; Michael Hunter "The Impact of Print", *The Book Collector*, 28, 1979, pp. 335-352; y Roger Chartier, "L'Ancien Régime typographique; réflexions sur quelques travaux récents", *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, 36, 1981, pp. 191-209.

⁵⁴ Algunos de estos temas generales son retomados en Eric Havelock, *Origins of Western Literacy* (Toronto, 1976); *Literacy Traditional Societies*, presentado por Jack Goody (Cambridge, 1968); Jack Goody, *The Domestication of the Savage Mind* (Cambridge, 1977); Walter Ong, *The Presence of the Word* (Nueva York, 1970); y Natalie Z. Davis, *Society and Culture in Early Modern France* (Stanford, 1975).